

Literatura e Historia: una relación dialéctica

Literature and History: a dialectic relationship

ANTONIO LÓPEZ FONSECA

Universidad Complutense de Madrid

alopezf@ucm.es

M^a PAZ DE HOZ

Universidad Complutense de Madrid

madehoz@ucm.es

Resumen

Literatura e Historia mantienen desde la Antigüedad una muy estrecha relación, hasta el punto de que sin la primera no es posible el conocimiento cabal de la segunda. La Historia se muestra como un artefacto literario que interpela emocionalmente al lector de manera similar, y a la vez diferente, a como lo hace, por ejemplo, una novela. Podría, incluso, admitirse que la Historia es una forma de Literatura, algo cierto en el caso del Mundo Clásico. Esa dialéctica entre Literatura e Historia, ya presente en la Antigüedad, tanto en la forma de transmitir los sucesos históricos a través de la poesía o la retórica, como en la teorización de lo que era o debía ser la Historia por autores como Tucídides, Aristóteles, Polibio, Cicerón o Quintiliano, nos lleva ineludiblemente al planteamiento de los conceptos de verdad y verosimilitud.

Palabras clave

Literatura, Historia, dialéctica, narrativa, poética, retórica

Abstract

Literature and History have maintained such a close relationship since Antiquity that without the former it is not possible to have a full knowledge of the latter. History appears as a literary artefact that emotionally interpellates the reader in a similar, and at the same time different, way to, for example, a novel. It could even be admitted that History is a form of Literature, which is true in the case of the Classical World. This dialectic between Literature and History, already present in Antiquity, both in the way of transmitting historical events through poetry or rhetoric, and in the way authors such as Thucydides, Aristotle, Polybius, Cicero or Quintilian theorised about what History was or ought to be leads us inevitably to the concepts of truth and verisimilitude.

Keywords

Literature, History, dialectic, narrative, poetics, rhetoric

1. APROXIMACIÓN A LOS CONCEPTOS DE LITERATURA E HISTORIA

Puede convenirse que la Historia se interesa por las estructuras y procesos de la sociedad, por el devenir de los hechos que justifican la continuidad o la ruptura en el desarrollo de los colectivos humanos, mientras que la Literatura, en su calidad de manifestación artística, sería reflejo del sentir, de los valores de una determinada época. El hecho es que ambas se interrelacionan y suponen una inestimable ayuda para el conocimiento y la comprensión de contextos históricos específicos. Si esto es así, los textos literarios pueden estudiarse, por un lado, como producto, pero también, por otro lado, como factor determinante de la cosmovisión de una sociedad, una cultura y un momento histórico, hasta el punto de que los cambios sociales tienen su reflejo en la creación literaria. Y cuando pretendemos una aproximación a épocas pretéritas, como la Antigüedad grecorromana, no podemos obviar las obras literarias como posibles fuentes para el estudio y conocimiento de Grecia y Roma.

¿Cómo han evolucionado esos conceptos? El término «historia» (Estébanez Calderón 1999: 511-519), de origen griego (ιστορέω: conocer, averiguar, relatar; ιστορία: información, investigación, relato), fue ya utilizado en el siglo V a.C. por Heródoto, en su relato sobre las guerras médicas, para designar un conocimiento de hechos adquirido por observación directa o por averiguación. Entre los latinos, Tácito es quien atribuye la denominación *historia* a la narración de los acontecimientos presenciados por él u ocurridos durante su vida. Esta noción de «historia» como narración de hechos presenciados, o bien oídos a testigos, se mantuvo durante la Edad Media, pero, a partir del Renacimiento, se fue extendiendo la idea de que, junto a la observación inmediata, había otra vía de conocimiento del pasado, a saber, la investigación de las huellas e indicios que han dejado los acontecimientos y que subsisten en el presente bajo formas de documentos, de monumentos, lo que nos permitiría «hacer historia» no solo de hechos contemporáneos, sino también pasados (Lozano 1987). El desarrollo de técnicas y métodos especializados para la investigación de ese pasado acabó por dar origen a una nueva disciplina académica, denominada precisamente Historia, que ha sido definida como el estudio, científicamente elaborado, de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas con otras (Febvre 1953).

El concepto «literatura» (Estébanez Calderón 1999: 630-635) deriva del latín *littera* que, según Quintiliano, sería un calco del griego γραμματική, relacionado con el arte de leer y escribir, y con dos disciplinas básicas en la cultura grecolatina, a saber, Gramática y Retórica. Hasta el siglo XVIII se alude con ese término a la ciencia del hombre de letras y, a finales de ese siglo, cuando el término «ciencia» se polariza para referirse a los dominios de las ciencias experimentales, el de «literatura» se orienta hacia el campo de la creación estética. Desde que Horacio (*ars* 333-334) afirmó que *aut prodesse uolunt aut delectare poetae / aut simul et iucunda et idonea dicere uitae*, la idea de la función de la poesía se ha mantenido en la poética occidental: pedagógico-moral o placentera. Solo a partir de la *Aesthetica acroamatica* de A. Baumgarten (1750-1758) y de la *Crítica del juicio* de I. Kant (1790), se afirma la autonomía de lo bello y la idea de que el sentimiento estético no responde a exigencias de orden práctico.

En esta relación entre Historia y Literatura, es muy llamativa la opinión, a inicios del siglo XX, del escritor británico Gilbert K. Chesterton, que proponía dejar de leer los libros de historia para leer la propia historia, evitar a los historiadores, que se escudan en hechos ajenos, e ir directamente a los actores de los hechos, es decir, aprender a leer el ayer como si fuese otro hoy:

Sacamos la mayoría de las nociones modernas sobre la alta y baja Edad Media de las obras de historiadores o de novelas. De ambas alternativas, las novelas son más de fiar. El novelista tiene al menos la pretensión de describir a los seres humanos, algo que con frecuencia el historiador ni siquiera intenta. (Chesterton 2021: 49)

En el Mundo Clásico, Literatura e Historia mantienen una muy estrecha relación, hasta el punto de que sin la primera no es posible el conocimiento cabal de la segunda. Esa relación, como no podía ser de otro modo, ha ido cambiando con el paso de los siglos hasta el punto de negarse la Literatura como fuente para la Historia. Puede decirse que han tenido, en términos de Hegel, una «relación dialéctica», esto es, han coexistido en el devenir de los siglos, en ocasiones como posiciones opuestas, y su desarrollo ha producido una conciliación superior sobre esa aparente contradicción. No en vano la dialéctica es un proceso dinámico, la evolución a través de las oposiciones que permite llegar a resultados superiores –y, a menudo, inesperados–.

2. UNA ESTRECHA RELACIÓN EN EL MUNDO CLÁSICO MATIZADA CON EL TIEMPO

«La Literatura es el complemento perfecto de la Historia», aseguraba el profesor Jesús de la Villa (2020) poniendo en relación ambas disciplinas en tiempos de pandemia:

La peculiaridad de la narración literaria con respecto a la descripción histórica o los análisis parciales, económicos, sociológicos, etc., es doble: por un lado, la literatura es capaz de transmitir imágenes y sensaciones que difícilmente pueden recogerse en tratados académicos. Puede dar cuenta de aspectos como el estado de ánimo de la gente, las relaciones personales, familiares, los odios, los actos de generosidad, de egoísmo, etc. Por otro lado, la literatura, libre de las ataduras del rigor académico, es capaz de poner el foco en un aspecto u otro de los fenómenos históricos, concentrando en un solo momento o en unos pocos personajes sucesos dispersos e insistiendo en aspectos que podrían quedar al margen de las más frías descripciones científicas. [...] Y eso es mérito de la literatura, más aún, podría decirse que es su función suprema: ser capaz de reflejar aspectos del ser humano que muchas veces no interesan al análisis científico y de los que es difícil dar cuenta incluso con una descripción puramente histórica.

Es cierto que hoy la relación entre Historia y Literatura no es comparable con la que se dio en el Mundo Clásico, como tampoco lo es la que hay, por ejemplo, entre Filosofía y Ciencia. Hablamos de un periodo, la Antigüedad grecorromana, en el que los conocimientos se fundían en uno solo, el Saber, idea que fue retomada en cierto sentido por el Humanismo. Así, por ejemplo, en grandes humanistas como Leonardo da Vinci vemos aunarse la obra artística, científica y técnica, testimonio de todos los ámbitos de conocimiento: es la condición humana capaz de arrojar luz sobre los problemas de todo tiempo. Y es que para los antiguos griegos solo existía el territorio común del saber y el obstáculo único de la ignorancia. Los primeros filósofos fueron físicos, y Aristóteles era biólogo; los pitagóricos descubrieron el latido matemático oculto en la música; y el romano Lucrecio expuso en un gran poema de versos apasionados la teoría de los átomos. Si nos acercamos con objetividad, dejando de lado la maniquea separación entre ciencias y letras, veremos que las metas de científicos y literatos o artistas son las mismas: comprender el mundo, derribar prejuicios, hacernos libres. Y la Historia comenzó a hacerse desde la Literatura, simplemente porque todos los saberes eran Literatura. ¿Podríamos hoy entender que en

una Historia de la Literatura Española, por ejemplo, se recogieran tratados filosóficos o de veterinaria? No. Hoy las fronteras –malditas fronteras– se han hecho tan nítidas que compartimentan los saberes, algo que no ocurría en la Antigüedad. Es así que, desde la Literatura, Heródoto habló de la historia de Grecia y Tácito de la del Imperio romano. ¿Carecen sus datos de validez por ser «literarios»? No. La relación entre Historia y Literatura es, pues, tan antigua cuanto la palabra escrita. Los textos antiguos influyeron en la conformación de las sociedades y en cómo la gente veía, interpretaba, sus comunidades, más aún, su realidad. La Literatura no ha dejado nunca de ser reflejo de la Historia, es más, nos atreveríamos a decir que la Literatura nos proporciona una línea de tiempo de la Historia. ¿Alguien duda de que leyendo a Cervantes, Shakespeare o Molière pueda hacerse una idea de los problemas de la época? Los poetas de la Antigüedad escribieron sobre temas que hoy nos resultan tremendamente familiares y arrojaron luz a las similitudes entre ellos y nosotros.

La separación de las disciplinas es relativamente reciente, comenzó en el siglo XVIII y a finales del XIX la Historia se había convertido en una «profesión» diferente de la Literatura, tanto por sus objetivos como por su metodología, y el canon histórico cambió cuando asumió la racionalidad y el método científico. En ese punto, aquello que habían compartido Historia y Literatura –mímesis y retórica– fue abandonado por la primera. Desde ese momento, la relación entre ambas ha sido compleja. Los historiadores, con carácter general, refutan los testimonios literarios como fuente –¿es esto aceptable hablando de la Antigüedad?– al considerar que no hay manera de distinguir entre las realidades histórica y literaria. Se arguye también que los textos literarios son producto de convenciones literarias, lo que les restaría valor como fuente histórica (Thomas 1988: 6). En Grecia y Roma las implicaciones de los textos literarios no estriban solo en el sujeto narrado, sino también en su formalización, su estilo, su lengua. Cierto, pero ¿eso les resta valor testimonial? Nuevamente creemos que no.

En el año 1999, con ocasión de la entrega del Premio Príncipe de Asturias, Günter Grass habló en representación de los galardonados y, en la idea de que «el pasado se resiste a acabar», pronunció un discurso titulado «Literatura e Historia» (Grass 1999). En él asegura que «así consigne la Literatura dejar al descubierto el forro de la Historia», afirmación que trae a nuestra memoria las palabras de Walter Benjamin, que invita a pasarle a la Historia el cepillo a contrapelo (Pittaluga 2010) con el fin de mostrar su otra cara, en una suerte de inversión especular: la historia de los vencidos, de sus sufrimientos y de sus resistencias. Recorrer el pasado

a contrapelo ayuda a iluminar el presente, y eso es lo que hace, entre otras muchas cosas, la Literatura, porque da la palabra a los perdedores, a todos aquellos que no hacen la Historia, pero a los que inevitablemente la Historia les ocurre, porque su dictado los convierte en víctimas o victimarios. Sabríamos mucho, muchísimo menos, de la Historia de Grecia y Roma sin su Literatura. Decía Günter Grass (1999) que «cuando, finalmente, el gremio de los historiadores, cansado de pelearse por notas a pie de página, se extravía en la incertidumbre de la post-Historia, la Literatura se cotiza mucho». La historiografía literaria que nos legaron los autores clásicos es, precisamente, una Historia sin notas a pie de página, que nos trae su verdad de manera directa, sin intermediación.

3. DISCURSO NARRATIVO Y REPRESENTACIÓN HISTÓRICA: LA HISTORIA COMO ARTEFACTO LITERARIO

La crítica contemporánea al discurso narrativo histórico se basa en la convicción de que la realidad no puede ser plenamente representada de forma coherente, algo que anula la posibilidad de la existencia de una «verdad» histórica basada en la certeza de que se puede representar la realidad con objetividad plena (Fumero 2003). A lo largo de los siglos, la narrativa –llámase Literatura– ha sido herramienta básica del conocimiento y ha determinado la forma en que se han presentado los hechos –reales o imaginarios–, esto es, la narrativa vale tanto para revelar la realidad histórica como la esfera de la ficción. Es en el momento en que la Historia pretende alcanzar la cientificidad cuando se separa la Literatura. Vinculado con esta tesis está el nacimiento de la corriente intelectual conocida como «Estudios Culturales», que nace con vocación interdisciplinar para dar cuenta de diversos fenómenos que se imbrican. En esta línea, la Historia sería una forma de hacer ficción que carecería de autoridad para explicar la realidad por cuanto no deja de ser un juego de textos (Thomas 1988: 8). Más aún, Hans Kellner (1987: 25) piensa que todas las historias se basan en la narrativa, que garantiza que lo que representa tiene significado, de donde se colige que una historia social-científica que no sea narrativa y que ponga el énfasis en, por ejemplo, lo estadístico es esencialmente tan alegórica como cualquier otra representación histórica.

Es Hayden White (1978, 1984, 1987, 2002) uno de los estudiosos que más ha cuestionado, tal vez el que más, la separación de la Historia de otras formas narrativas al considerar que los historiadores utilizan la estructura de la narrativa ficcional en sus trabajos, aunque nieguen en sus argumentos los elementos ficcionales (Fumero 2003). Fue el primero en estudiar

de modo sistemático los elementos ficcionales y sus manifestaciones en la historiografía de la disciplina (Mink 1978), y no duda de que todo lo descrito por los historiadores realmente sucedió, esto es, no ficcionalizan, pero argumenta que la Historia construye el sentido de la misma forma que los novelistas o los poetas (White 1978: 98). Para él, ningún evento es una «historia» por sí mismo y la tarea del historiador es transmitir esos eventos a un marco narrativo, esto es, convertirlos en una historia creíble, transmisible, por lo que el resultado siempre será el fruto de la reflexión del historiador.

Parece evidente que en ambas disciplinas el autor acomete una labor interpretativa, ambas igualmente válidas, complementarias y portadoras de sentido para el devenir humano. Así se lo cuestiona Patricia Fumero (2003):

¿Cuánto de la sociedad refleja la literatura? ¿Cuánta influencia de la cultura encontramos en la producción artística? ¿Cómo moldea la literatura la percepción de la historia? Parte de la respuesta se encuentra en la dimensión literaria de los textos historiográficos y en la dimensión histórica de los textos literarios.

Y, como asegura Keith Thomas (1988: 22), la Historia es esencialmente un artefacto literario que interpela emocionalmente al lector de manera similar, y a la vez diferente, a como lo hace una novela. A la postre, si aceptáramos que la Historia es una forma de Literatura, algo que, por otra parte, no parece admitir dudas en el Mundo Clásico, se podría reducir el problema a la definición de qué forma de Literatura es la Historia. Tal y como demuestra White (1984), son muchos los autores y las aproximaciones teóricas que a lo largo del siglo xx han intentado romper las barreras entre ambas disciplinas y que rechazaron la concepción de la «verdad-realidad» de la narrativa histórica para explicar esa forma narrativa simplemente como otro instrumento de conocimiento: discurso literario y discurso historiográfico no serían sino representaciones culturales que parten de prácticas escritas para mostrar una visión del mundo y otorgar sentidos. En palabras de Yorgy Andrés Pérez Sepúlveda (2012),

el devenir humano jamás podrá estar condensado en una investigación histórica, así como la totalidad del imaginario en la ficción tampoco. Fragmentos, asimetrías, desarticulaciones, la memoria y el olvido se confunden a veces con la invención y el deseo de contar. Es así como el tiempo no funciona

como una serie de eventos sucesivos, articulados entre sí, sino como una suerte de pulsión donde se dan cita diversos personajes, reales o inventados, intencionados o inconscientes, pero que terminan tomando el pasado, la dura herencia, como quien toma algo que le pertenece y lo acomoda a su antojo, a la medida de sus angustias, dudas y certezas.

Como ya hemos comentado, el discurso histórico, tal como hoy se entiende, parte de una identificación con un aparato crítico y metodológico, con el uso de unas técnicas y recursos que pretenden reconstruir el pasado y aproximarse a una realidad social, imponiéndose como «verdad». Pero el discurso literario también puede ser asumido como representación del mundo, como cartografía del pasado, porque abunda en la expresión de lo humano y lo social, porque la Literatura es el espacio de la experiencia humana desde una perspectiva mucho más abierta. En la Antigüedad grecorromana Historia y Literatura se funden en uno, se imbrican, se retroalimentan en un único artefacto transmitido por los «clásicos».

4. HISTORIA Y POÉTICA: VERDAD Y VEROSIMILITUD, EDUCACIÓN E IDENTIDAD CULTURAL EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

La relación dialéctica entre Literatura e Historia que en nuestra moderna concepción de la ciencia y el arte se produce a lo largo de la tradición grecolatina fue objeto ya de reflexión y teorización por los antiguos en cuanto a la forma y grado de fiabilidad con que las distintas expresiones textuales reproducen la realidad. No sorprende que el primer testimonio de esta reflexión lo encontremos en Aristóteles y en relación con su teoría sobre la mimesis en la *Poética*. La función del poeta (ποιητής) no es contar lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder de acuerdo con lo verosímil y lo necesario (οἷα ἂν γένοιτο καὶ τὰ δυνατὰ κατὰ τὸ εἶκος ἢ τὸ ἀναγκαῖον); esa es la diferencia respecto al historiador (ιστορικός), y no el hecho de que uno escriba en verso y otro en prosa, porque Heródoto seguiría siendo historiador si escribiera en verso; el poeta habla de lo universal –lo que es verosímil o necesario que determinado tipo de personas haga o diga– aunque asigne nombres concretos a los personajes, y su obra es por ello más filosófica (1451a-b). Es cierto que uno tiene que convenir con Grube (1965: 83-85) en que Tucídides no estaría de acuerdo en que la Historia es una simple crónica de hechos y en que posiblemente, si conserváramos una discusión más extensa y seria de Aristóteles sobre la Historia, sus ideas serían más complejas, pero lo que aquí nos interesa es que Aristóteles se estaba planteando la diferencia entre poesía e Historia como reflejo de la

realidad, y atribuye a la primera lo que nosotros, pero ya Tucídides, consideramos el objetivo de la segunda, la comprensión de lo humano, lo universal y lo permanente para, sobre ello, comprender, interpretar y prever los cambios, los ciclos, los retrocesos.

Posiblemente cuando, mucho antes que Aristóteles, Hesíodo pone en boca de las Musas, en el proemio a su *Teogonía* (vv. 27-28), que saben decir muchas mentiras iguales a verdades pero también proclamar la verdad cuando quieren (ἴδμεν ψεύδεα πολλὰ λέγειν ἐτύμοισιν ὁμοῖα/ ἴδμεν δ' εὖτ' ἐθέλωμεν ἀληθέα γηρύσασθαι), esté haciendo una distinción similar, no basada en la verdad de hechos concretos, sino en la verdad de lo necesario, lo posible y por tanto verosímil de la realidad humana y sobre todo divina. La obsesión por la verdad impregna la literatura griega desde sus comienzos, unas veces como verdad de hechos (*Himno homérico a Démeter*, Tucídides), otras como verdad universal, y esta última puede encontrarse en la ficción, ya sea en la épica, la tragedia o incluso la novela. Precisamente por la concepción antigua, consciente o inconsciente, de la literatura (μουσικῆς λόγοι) como verdad, preocupaba tanto a Platón (*Republica* 376e-398b) el uso de determinados tipos de textos para la educación de los niños y jóvenes, hasta el punto de hablar de dos tipos de *logoi*, uno verdadero y otro falso (376b: λόγων δὲ διττὸν εἶδος, τὸ μὴν ἀλεθῆς, ψεῦδος δ' ἕτερον). La diferencia no radicaba en que el relato fuera real o ficticio, sino en que fuera verosímil –y acorde con la moral en la que había que basar la educación– o no verosímil.

Y aquí encontramos la clave de la literatura antigua como reflejo del Saber: la Literatura era educación, era transmisión de identidad, de propiedad cultural, de conocimiento del lugar en la vida y en la sociedad, de apreciación de las diferencias entre la propia comunidad o pueblo y el otro. Por eso los grandes sucesos históricos como las guerras de Troya, las médicas y la del Peloponeso son argumentos centrales de la mayor parte de la literatura arcaica y clásica, que se adueña de ellos configurando la expresión de gloria y de memoria colectiva, justamente las dos razones principales que llevan a Heródoto, el «padre de la Historia», a narrar las guerras médicas (1.1: ὡς μήτε τὰ γενόμενα ἐξ ἀνθρώπων τῷ χρόνῳ ἐξίτηλα γένηται, μήτε ἔργα μεγάλα τε καὶ θωμαστά, τὰ μὲν Ἕλλησι, τὰ δὲ βαρβάροισι ἀποδεχθέντα, ἀκλεᾶ γένηται –«para que con el paso de tiempo los hechos humanos no se olviden ni las grandes y admirables acciones realizadas por griegos y bárbaros queden sin gloria»–), a las que se añade, no hay que olvidarlo, una tercera: τὰ τε ἄλλα καὶ δι' ἣν αἰτίην ἐπολέμησαν ἀλλήλοισι («y, aparte de otras cosas, también la causa por la